

## XII

## La novela de un joven pobre.

América es un país extraordinario, empezando por su extensión, que es inmensa.

Se necesitan ocho días de *express* para ir de Nueva York á San Francisco.

Los llanos no tienen fin, las montañas son colosales, los ríos parecen brazos de mar, y los lagos oceánicos.

El americano construye casas de doce pisos, sus fábricas son ciudades, y si funda un establecimiento cualquiera, una salchichería, por ejemplo, es para reducir á salchichas millares de cerdos, por el procedimiento más expedito y en el más breve plazo posible.

En la casa Barker, de New-York, se fabrican por cientos los harmoniums, los pianos y los órganos de todas clases y al alcance de todas las fortunas.

En ninguna parte del mundo está tan desarrollada la afición al piano como en los Estados Unidos.

No hay casa que se respete que no posea un harmonium.

La casa Barker ha sabido dar á sus harmoniums una sonoridad particular, que recuerda los órganos de las iglesias.

El mismo día de la entrevista del señor Letanneur con la condesa de Corbière, un hombre joven, muy correctamente vestido, co-

mo conviene á un empleado de un establecimiento industrial de primer orden, estaba sentado delante de un piano de cola, en un gabinete cuyas puertas daban á suntuosos salones en que había expuestos infinidad de pianos y de órganos, y tocaba con una rapidez asombrosa una de esas composiciones de Sebastián Bach, cuya ejecución es difícilísima, hasta para los verdaderos artistas.

Aquel joven tenía una hermosa cabeza, pero su belleza era de las que no á todas las mujeres llaman la atención.

La cara del músico estaba completamente afeitada; su ancha frente, coronada por espesos cabellos castaños, cortados al rape; sus negros ojos; sus facciones en general, su nariz recta, sus labios gruesos y su barba cuadrada, ofrecían una expresión de energía extraordinaria.

Cuando hubo terminado el ejercicio, se paró y enjugó el sudor que bañaba su frente.

Una voz cascada, voz de viejo, salió de un rincón del gabinete, de detrás de un inmenso escritorio que ocultaba completamente al propietario de aquella voz.

—¡Muy bien, Marcelo! ¡Muy bien, hijo mío! Vuestros progresos, desde hace un año sobre todo, son sorprendentes, en verdad, completamente sorprendentes...

La fisonomía del joven se iluminó.

—¿Es para animarme, maestro, para lo que me decís eso?

—No, palabra de honor. Ya sabéis que yo no soy adulator... Cuando os digo que me admirais, es que me admirais; positivamente sois un

buen muchacho. Solo que trabajais demasiado, os cansareis. Diez y ocho horas diarias... eso es un exceso.

El joven se levantó y se acercó al sitio de donde salía la voz.

—No tengais cuidado, querido señor Mertens—dijo—tengo una salud á toda prueba y energia también. Procuro ganar el tiempo perdido. No me asusta pasar algunas noches trabajando. Y, además, soy tan feliz en tener un maestro como vos, que me apresuro á aprovechar sus lecciones.

—¡No hay prisa! Yo no me he muerto y tenemos tiempo ante nosotros. ¡No vais abandonarnos, que diablo!

—¡Quien sabe!

—Aquí se os quiere, Marcelo, puedo asegurároslo. Como yo, aquí hareis vuestra suerte. Los Barker saben agradecer los buenos servicios. ¿Cuánto ganais ahora?

—Cuatrocientos dollars...

—¡Eh! eso ya es algo. Y nada que hacer más que dos ó tres horas al día para probar los pianos y los organos ante las señoras.

—No me quejo...

—Yo sé que os aumentarán el sueldo y no tardando... Están contentos de vos... muy contentos...

El joven se puso de codos sobre el escritorio.

—Lo que deseo sobre todo es vuestra aprobación, querido maestro—dijo.

—Pues bien, la teneis. Algunos esfuerzos más y no tendreis nada que aprender. ¿Y la composición?

—He hecho lo que me mandásteis.

—¡Ya!

—Esta noche.

—Veámoslo.

—¡Temo que sea muy malo!...

—¡Fuera modestia!... ¡Venga!

El joven se colocó delante de un órgano y se dispuso á obedecer.

Sacó del bolsillo de su americana un papel lleno de notas y principió la ejecución de su obra.

Era un andante religioso lleno de armonia.

Del escritorio, que lo constituia una especie de muralla, fué saliendo poco á poco una cabeza de piel apergaminada, en la que brillaban dos grandes ojos de color gris.

Alrededor de esta cabeza, largos cabellos blancos pendían hasta el cuello de una ancha levita.

Aquella cabeza dominaba un cuerpo largo, cuya armazón era de indudable solidez, porque había resistido á los asaltos de una cantidad de inviernos que era difícil precisar.

La edad del buen hombre fluctuaba entre los setenta y cinco y ochenta años, con seguridad.

Pero estaba fuerte aun y sus ojos chispeaban de inteligencia y de vivacidad.

—¡Muy bien, hijo mio, muy bien—murmuraba dirigiendo de lejos al artista como un maestro dirige su orquesta. ¡Ah! ¡el final deja un poco que desear! ¡Os ha faltado el tiempo, Marcelo, más que la inspiración!

Salió del escritorio y avanzó con rapidez

hacia el órgano, desalojó de él á su discípulo dándole golpecitos en la espalda, y se sentó á su vez delante del instrumento.

Entonces las teclas del órgano sonaron bajo sus dedos esparciendo acentos lastimosos para concluir por una especie de himno triunfal.

El joven le escuchaba con admiración.

Y, en realidad, aquello era muy hermoso.

Los dedos del anciano no habían perdido su poder y en su espíritu conservaba una claridad prodigiosa.

Cuando hubo acabado su improvisación, se volvió hacia su discípulo y preguntó con un cierto orgullo:

—¿Qué os ha parecido?

—¡Seguís lleno de inspiración, maestro, siempre fogoso, siempre joven!

—Esto no es nada—replicó el viejo animándose.—¡Si me hubieses oído hace cuarenta años, en Fribourg... entonces, entonces! Tenía yo el gran órgano, un instrumento soberbio, y todos los días daba un concierto en la iglesia al anochecer. Yo no ganaba mucho dinero; pero cuando la ola de mis armonías me rodeaba, por decirlo así; cuando me embriagaba yo mismo por aquel ruido que producía y que hacía unas veces dulce como una plegaria y otras tumultuoso como un huracán, no hubiera cambiado mi humilde plaza de músico á sueldo, por la de un banquero millonario, ó uno de esos seres atacados por el *spleen* que venían á pasear por nuestras montañas su incurable aburrimiento. Allí fué donde un Barker, el padre de los dueños actuales, fué á buscarme. ¿Cómo

había llegado hasta él mi reputación? Me tentó con promesas que ha cumplido lealmente. Soy viejo y rico; ¡pero cuánto más feliz era entonces!... Me acuerdo siempre de los tiempos en que daba en la iglesia aquellos conciertos de los que era yo autor, de aquella fiesta de armonía, en la que no había más que un actor y éste invisible. Aquellos fueron mis mejores días, y los hecho de menos, como hecho de menos mis queridas montañas de Suiza, ahora que he llegado á ser un opulento ciudadano de este país, en donde se tiene todo y no se sabe gozar de nada.

Se levantó, se separó del órgano y fué á sentarse de nuevo á su escritorio.

De pronto exclamó con voz conmovida:

—¡Una noticia, una noticia de mi país! ¡Acercaos, Marcelo!

El joven se puso otra vez de codos en el escritorio del anciano, que le dijo:

—Escuchad, está fechada en Lucerna.

Y desplegando un periódico, leyó:

«Acabamos de saber que el distinguido compositor Franz Schenk, organista de Saint-Leger, cuyos órganos rivalizan con los de Fribourg, ha sido atacado por un principio de parálisis. ¡Su pérdida será un duelo para el arte! Se espera que se reponga y pueda conservar su puesto, que la parroquia de Lucerna no adjudicará á ningún otro, mientras conserve la menor esperanza de que se pueda salvar.»

Dobló el periódico diciendo:

—¡Quiero á este pedazo de papel que me trae todos los días un eco de aquella querida

patria, que hice mal en abandonar! Si no fuera tan viejo, iría á disputar esa plaza á los demás, y acabaría mis días tranquilamente á la sombra de nuestros pinos, sobre la tierra en que descansan mis padres.

Hizo un gesto de resignación.

—¡Demasiado tarde!—dijo.—¡Es preciso que la cabra pazca donde está atada! Yo quise fortuna, y la tengo. ¿Para qué me sirve? Ya no tengo ni parientes, ni amigos, ni nadie! Moriría abandonado como un perro!

—No, mientras yo esté á vuestro lado, querido maestro—exclamó el joven.

—Sí, lo sé—dijo el anciano emocionado.—Tú me quieres, y haces bien... Yo tambien te quiero. ¿Pero quién puede prever donde estaremos mañana?

Y cambiando de pronto de asunto, dijo:

—Me parece que los clientes se han declarado en huelga esta mañana. Voy á ver...

Abrió una puertecita situada detrás de su butaca, y entró en los inmensos salones en donde algunos (muy pocos) compradores vagaban guiados por los empleados de la casa.

Marcelo iba á ponerse á estudiar, cuando de pronto se abrió una de las puertas del gabinete, y una voz muy conocida de él le llamó:

Se levantó de un salto, y volviéndose hacia la puerta, exclamó:

—¿Tú?

El amigo que entraba abrió los brazos, el pianista se arrojó en ellos, y se dieron un abrazo de antiguos compañeros que se encuentran después de largo tiempo de separación.

Y después hizo Marcelo infinidad de preguntas al recién llegado.

—¿De dónde vienes?

—De Francia.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos días; pero no he podido venir á verte antes, porque he tenido mil cosas urgentes que hacer. Caballos que embarcar, disposiciones que tomar para el viaje, porque voy á marchar con mis socios para el rancho, y es una travesía casi tan molesta como la de Europa. ¡Novecientos kilómetros! ¡Y no nos podemos quejar del todo, porque tenemos las dos terceras partes de ferrocarril!

—¿Y qué tal?... ¿Sigues prosperando?—preguntó Marcelo.

—¡Sí! ¡Pero chico, qué trabajo cuesta!

Pablo Deroche era un joven de la misma edad que Marcelo, educado también en el colegio de Tours, rubio, con largos bigotes, ojos azules, buena musculatura y aspecto decidido, y que por una de esas locuras de la juventud se había apoderado de él el deseo de correr mundo.

Dueño de unos sesenta mil francos, se había asociado á compañeros tan aventureros como él y tenían cierto deshago, habían comprado algunos, y arrendado muchos terrenos para dedicarse á la cría de caballos y de bueyes.

En América esto se llama un rancho.

Los que lo habitan con el fin expresado, se llaman rancheros.

Pablo Deroche llegaba de Francia con un convoy de caballos percherones muy estimados por los americanos.

—¡Pero que vida tan salvaje la que tiene uno que hacer, amigo mío!—dijo.

Y mirando á Marcelo—preguntó.

—¿Y tú?

Pablo Deroche miraba á su amigo con ansiedad del hombre que tiene que dar una mala noticia.

—¿Lo sabrá?—se preguntaba.

Evidentemente la fisonomía de Marcelo manifestaba, no alegría, sino una tranquilidad resignada que excluía la idea de una pena punzante causada por una catástrofe reciente.

—No sospecha nada—pensó Pablo.

—Yo contesté Marcelo,—no estoy descontento.—La suerte me ha ayudado por fin. Entré aquí como sabes hace tres años. Me ocupé de la música. Trabajo mucho y hago progresos. Además he encontrado aquí, un verdadero genio, un hombre organizado como Beethoven, Weber y Mozart... Se toma un trabajo infinito para hacer algo de mí... El señor Buret se admiraría si me oyese ahora.

El señor Buret era un viejo profesor de música, no sin talento, que había dado las primeras lecciones de órgano á Marcelo, en el colegio de Tours, en donde se había educado el joven Montarón.

—¿De modo que estás contento?—preguntó Deroche.—Marcelo movió la cabeza.

—No—dijo.—Ya comprenderás que no es posible estarlo, cuando se está separado por miles de leguas de aquellos á quienes se quiere. Si no fuera por el estudio, al que me entrego con calor, hay momentos en que me iría

al puerto para tomar el primer vapor que quisiese llevarme al Havre, aunque fuese en la bodega. ¡Cada vez que me acuerdo de mi pobre Boeca del Lobo!

Se emocionó.

—Allí—dijo—tengo á mi madre á la cual no me he atrevido á escribir estos últimos años... ¡Era demasiado desgraciado! ¡Siempre sin dinero, sin tener casi conque vivir, buscando el camino sin encontrarlo! ¡Allí están mis hermanos Pedro, Guillermo y Juan... mi hermana Teresa... y los amigos! Felizmente todos los viajes les dices tú como estoy y por tí se de ellos! ¡Sin tí yo no hubiera podido resistir!... ¡Hace mucho tiempo que hubiera renunciado á comer el amargo pan del destierro!... ¡Ahora marcha esto mejor!... ¡Tengo esperanzas! ¡Dentro de poco tiempo creo que podré ayudar á los míos y enviarles el primer dinero que haya ahorrado! ¡Me han hablado de aumentarme el sueldo!... ¡Y además la ocupación que aquí tengo me gusta! ¡Es del arte!

Se sonrió con modestia.

—¡Estoy casi orgulloso de mis progresos, pero no economizo nada!... ¡Lo que he trabajado!

El amigo sacó el reloj.

Eran las once.

—¿Puedes venir á almorzar conmigo?—preguntó.

—Con permiso, sí.

—¿De quién?

—Del mejor de los hombres, de mi jefe y profesor...

—¿Se llama?...

—¡Es un suizo! Ya sabes que la América ha reclutado sus habitantes un poco en todas partes. Es Jacobo Mertens, el antiguo organista de Frisbourg, una celebridad, uno de los interesados en la casa! ¡Aquí está!

En efecto el anciano entraba.

Marcelo le presentó á su amigo, un rancho que venia de Francia.

El excelente hombre felicitó calurosamente al viajero por haber respirado el aire de la patria, concedió todos los permisos posibles, y los dos compañeros entraban un momento después en un modesto restaurant, servido á la francesa, cuyos precios módicos contrastaban notablemente con los de los grandes hoteles de New-York.

El viajero parecía preocupado y no hacía más que mirar con disimulo y como con sentimiento á su compañero.

Por fin su preocupación se hizo tan visible, que apenas se habian sentado en el restaurant, cuando Marcelo le preguntó:

—¿Qué tienes?

El otro contestó suspirando.

—Mi pobre Marcelo, tengo malas noticias que darte.

—¿A mí?

Pablo Deroche guardó silencio.

El mozo preguntó qué deseaban.

—¿Quién de mi familia ha muerto?—preguntó Marcelo cuando el mozo hubo desaparecido en busca de lo que habian pedido.

—Nadie.

—Pues entonces, ¿qué ocurre? ¡Ah! ya comprendo. ¿Estarán arruinados, los habrán echado de su pobre casa?

—No.

—¡No me hagas sufrir!

—En pocas palabras, en la Boca del Lobo no hay nadie más que tu madre y tu hermano Pedro.

—¿Los otros?

—Han abandonado el país.

—¿Teresa?

—Fué la primera que marchó.

—¿Para dónde?

—No se sabe... Para París, á lo que parece.

—¿Y Guillermo?

—Guillermo debe buscar medios de existencia en alguna parte... en el extranjero tal vez...

—¡No se ha separado de Juan... Es imposible... No podrían vivir el uno sin el otro!... ¡Se adoran... Se han jurado morir juntos!... ¡Yo los he oido decir esto cien veces!...

—Sin embargo, se han separado.

—¡Te digo que eso es imposible!

—Era preciso.

—¿Por qué?

—Escucha, ten valor y no creas que el mal es irreparable.

—Habla—dijo Marcelo—estoy dispuesto á oírlo todo... ¿Qué mayor desgracia puede haber sobrevenido que la de estar tan separados y llevar una vida tan llena de miserias? ¡Habla, habla!

Pablo Deroche dijo:

—Guillermo se ha separado de su hermano, porque Juan ha sido condenado.

—¿El?

—Por un crimen que no ha cometido sin duda.

—¡Condenado!

• —A diez años de trabajos forzados.

Marcelo se levantó sobresaltado.

El otro le cogió una mano y le obligó á volver á sentarse.

—¡Calma—le dijo—nos observan!

En efecto algunos de los parroquianos que allí había miraban con curiosidad á aquellos dos compañeros que parecían confiarse detalles conmovedores.

—¡Un Montarón en presidio!—murmuró Marcelo al volver á sentarse.—¿Y por qué?

Pablo Deroche dijo con lentitud:

—Por haber matado al capitán Rolando de Cobiere.

Marcelo no hizo un movimiento. Parecía haberse convertido en una estatua de piedra.

Tenía la cara lívida y las facciones descompuestas.

Aquella condena era el fin de su raza, la deshonra después de la ruina, el aplastamiento final, sin posibilidad de volver á levantarse.

Los Montarón estaban malditos.

El desgraciado miraba lleno de terror á su antiguo compañero de colegio, su mejor amigo, porque después de su salida del colegio les había unido siempre á ambos una verdadera amistad.

Con aquella mirada parecía pedirle la expli-

cación de un hecho que le costaba trabajo comprender: la muerte de un Corbiere por un Montarón.

¡Es verdad que se odiaban!

Existía entre ellos una antigua aversión que debía estallar un día ú otro, pero esta explosión necesitaba una causa.

Juan era bueno y pacífico, como todos los fuertes.

¡Habría habido una cuestión, provocación!...

De pronto, con voz ahogada, preguntó á Pablo:

—¿Por qué ha sido? ¿Qué causa ha habido para que Juan haya matado á ese Rolando?

Deroche no se atrevió á responder; le presentó un periódico, indicándole con el dedo las líneas siguientes:

«Es cierto que el capitán Rolando de Corbiere era el amante de la hermana de los acusados, joven de diecisiete años, de notable belleza, Teresa Montarón.»

Marcelo inclinó la cabeza sobre el pecho.

Este era el último golpe.

Devolvió el periódico á su amigo sin decir una palabra.

Ni una lágrima asomó á sus ojos.

Hizo un esfuerzo terrible sobre sí mismo y dijo sencillamente:

—¡Almorcemos!

Esos dolores silenciosos, sin quejidos y sin lágrimas, son muchas veces los más punzantes y los más terribles.

Pablo Deroche, muy conmovido, trató de animar á su amigo.